

los que están ociosos son fecundos en pensamientos inútiles, en resoluciones inconstantes, en cambios indiscretos, en distracciones continuas y en mil vanas curiosidades? *Inquiete ambulantes, nihil operantes, sed curiose agentes.* (II Thess. III).

En lugar de hacer estas reflexiones que nos retraerian de la ociosidad, ¿no la hemos mirado como un gran bien, estimando dichosos á los que nada tienen que hacer, y que pueden dispensarse de trabajar?

¿No hemos aún deseado encontrarnos algunas veces en este fatal estado de ociosidad, á fin de poder gozar un poco á nuestro gusto? ¿no nos hemos dispensado de nuestras obligaciones las más urgentes, difiriendo emprenderlas por algun tiempo, ó haciéndonos suplir por alguna otra persona, nada más que por la tendencia á la ociosidad?

En fin, ¿hemos pensado seriamente que es propio de la ociosidad debilitar y entorpecer el alma, sofocar en ella las virtudes, fortificar los vicios, y, por fin, perderla enteramente y conducirla á los suplicios eternos? *Effeminari otio et torpere pigritia nihil aliud est quam suffocare virtutem, nutrire vitium, viam construere ad gehennam.* (Pet. Bless. Ep.).

TERCER PUNTO.

Dios mio, nada hay tan frecuente en la Escritura y en los santos Padres, como los motivos de odio y de aversion que debemos tener por la ociosidad; y no obstante, nada hay más raro en la práctica que encontrar personas que no abriguen inclinacion por este vicio, y que se esfuercen sinceramente en evitarlo. Para remediar este desarreglo dadnos, oh Dios mio, amor al trabajo, y hacednos comprender bien que incurriríamos en una grande injusticia dispensándonos de trabajar despues del pecado, pues aún en el estado de la inocencia hubiéramos debido hacerlo: *Posuit Deus hominem in Paradiso ut operaretur.* (Gen. II, 15).

DE LAS TENTACIONES.

PRIMER EXÁMEN.

Cómo es necesario comportarse en ellas.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor, que no obstante ser tan santo como es, quiso ser tentado por el demonio: *Expulit eum Spiritus, ut tentaretur à diabolo.* (Marc. I). Admiramos cómo El ha querido sujetarse á esta

humillacion, que es la más grande que puede sufrir un Dios. Agradecemosle habernos merecido por esta conducta la gracia de resistir al demonio y de superar todas sus tentaciones. *Ideo tentatus est Christus, ne vinceretur à tentatore christianus.* (S. Aug. *in Psalm.* xc).

SEGUNDO PUNTO.

Los que se comportan como es necesario en orden á las tentaciones, no se sorprenden al sentir sus ataques, porque saben que esta vida no es más que una tentacion y una guerra continuada. *Militia est vita hominis super terram.* (Job. vii, 1).

Como ellos así lo entienden, se mantienen preparados, segun este aviso del sabio: *Fili, accedens ad servitutum Dei, preparans animam tuam ad tentationem.* (Eccli. ii, 1); de consiguiente, en presencia de ellas no se turban y conservan siempre su paz interior.

De cualquiera tristeza ó tedio de que se hallen abrumados, se consuelan, en mira de que esta es la conducta ordinaria de que Dios se sirve para afirmar las virtudes y que tiene sobre las almas que le son más caras: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (Tob. xii, 13).

Ellos no se dejan abatir por la violencia ni por la duracion de la tentacion: la una y la otra no sirven sino para animarles,

estando bien persuadidos de que tienen á Dios por testigo de su combate, están seguros de que no les faltará en su empeño, y que El mismo tendrá cuidado de su recompensa: *Ipse enim certantem spectat, deficientem sublevat, vincentem coronat.* (S. Aug. *in Psalm.* xxxii).

Ellos no dan tiempo á la tentacion de fortificarse; se oponen á ella al punto que osa aparecer, y no cesan de combatirla hasta que han reportado sobre ella una completa victoria.

Ellos se humillan siempre en las tentaciones, las miran como un efecto de la corrupcion de la carne y como un justo castigo de sus pecados, y en tal concepto, bien lejos de murmurar y de lamentarse de ellas, se entregan á la justicia de Dios para sufrirlas todo el tiempo que le plazca, y se abandonan á su misericordia para obtener la gracia de hacer de ellas totalmente el uso que El desea.

Como ellos saben que es uno de los más ordinarios artificios del demonio, cuando quiere hacer caer á los servidores de Dios en grandes crímenes, comenzar por ligeros ataques que parecen de ninguna consecuencia, ellos se defienden igualmente de todos, y por pequeños que sean los combaten con tanta fidelidad como si fuesen muy considerables: *Mens Deo dedita æque in majoribus et minoribus intenta est.* (S. Hier. *Ep. ad Heliod.*).

En fin, ellos no descuidan ninguno de los remedios de que los Santos se han servido en las tentaciones, como son la desconfianza de sí mismo, la confianza en Dios, la union con nuestro Señor, el auxilio de la santísima Virgen, y sobre todo la vigilancia y la oracion: *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem.* (Matth. xxvi, v. 41).

TERCER PUNTO.

Dios mio, que nos dais para combatir los enemigos que no piensan noche y dia sino en perdernos, y que nos libran sin cesar una infinidad de ataques; afirmadnos en la resolucion que tomamos de emplear todos los esfuerzos posibles para resistirles y para vencerles. Esto es, Dios mio, lo que nosotros esperamos de esa bondad infinita que Vos dispensais en auxilio de los que se encuentran en la tentacion, para de ella librarles por una gloriosa victoria: *Cum ipso sum in tribulatione, eripiam eum, et glorificabo eum.* (Psalm. xc).

SEGUNDO EXÁMEN.

De algunas tentaciones en particular.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor acometido de todas maneras por el demonio, y del modo más horroroso para tentarle. Le levanta por

los aires, llevándole sobre el pináculo del templo y despues sobre lo alto de una montaña; le tienta de ambicion, de vanidad y de idolatría: *Tentatum per omnia pro similitudine, absque peccato.* Rindamos mil homenajes á este divino Salvador, que, por servirnos de ejemplo, permanece intrépido en medio de estos ataques y obliga á su enemigo á una retirada vergonzosa.

Examinemos si nosotros hemos sido fieles en servirnos de los medios particulares que los Santos nos dan para combatir algunas tentaciones ordinarias.

SEGUNDO PUNTO.

En las tentaciones contra la fe, ¿hemos alejado inmediatamente de nuestro espíritu la libertad de razonar y de disputar contra el demonio? ¿Hemos hecho actos contrarios de lo que El nos proponia? ¿Nos hemos acordado que siendo Dios todopoderoso y la verdad misma, debemos creer todo lo que El dice, por incomprendible y por imposible que nos parezca?

¿Hemos invocado su santo nombre en el fondo de nuestro corazon, y le hemos pedido humildemente y con confianza acuda á nosotros para afirmarnos en la fe? *Credo, Domine; adjuva incredulitatem meam.* (Marc. ix). *Domine, adauge nobis fidem.* (Luc. xvii).

En las tentaciones contra la esperanza,

cuando el demonio nos ha querido persuadir que nuestros pecados eran demasiado grandes para obtener el perdón de ellos; que nuestra medida estaba llena, y que no había más gracia ni misericordia ni salvación para nosotros, ¿hemos puesto los ojos sobre la bondad de Dios, que es sin límites; sobre su amor, que quiere salvar á todo el mundo; sobre sus promesas de recibirnos cuando quisiéremos volver sinceramente á El?

En las tentaciones de impureza, ¿hemos sido fieles en huir inmediatamente de todo lo que podía causarlas; en reconocer delante de Dios nuestra miseria y nuestra corrupción; en demandarle su gracia y su socorro; en practicar alguna mortificación; en ocuparnos en cualquier pensamiento santo, y sobre todo en la Pasión de nuestro Señor, diciendo con un gran Santo: *Deus meus pendet in patibulo, et ego voluptati operam dabo?* (S. Bern. *For. hon. vit.*).

En las tentaciones contra el prójimo, ¿nos hemos excitado á amarle y á hacerle bien, en vista de que todos los cristianos son hermanos nuestros, hijos de la Iglesia y miembros de Jesucristo?

En las tentaciones de orgullo y de vanidad ¿hemos tenido cuidado de practicar algunas acciones humillantes? ¿Hemos considerado que á Dios solo es debido todo

honor y toda gloria, y que nosotros no merecemos sino el menosprecio? *Soli Deo honor et gloria... Mihi autem confusio.* (S. Tim. xvii; Dan. ix).

En las tentaciones contra la obediencia, ¿hemos recordado en nuestro espíritu cuán grande es la seguridad de la paz de aquellos que viven obedeciendo? ¿Hemos hecho atención á que ellos no tienen nada que ofrecer á Dios más agradable que el sacrificio de su propia voluntad?

Por fin, para seguir el ejemplo de los Santos, ¿nos hemos servido de los remedios siguientes: de la pobreza, contra el amor de las riquezas; de la oración, contra la tristeza; de la abstinencia y del ayuno; contra la gula; de la fidelidad al reglamento, contra el tedio; del retiro y de la soledad, contra el deseo de ostentarnos en el mundo?

TERCER PUNTO.

Dios mio, que permitís para nuestro bien que seamos tentados en tantas maneras, y que no multiplicais nuestros combates sino para multiplicar nuestras coronas, fortificadnos por vuestra gracia, á fin de que haciendo un buen uso de los medios que Vos nos dais para vencer nuestras tentaciones, nosotros podamos decir con el Apóstol con espíritu de reconocimiento: «Rendimos gracias á Dios, que nos

ha permitido vencer por nuestro Señor Jesucristo.» *Deo gratias qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Jesum Christum.* (I Cor. xv, 57).

EXÁMEN.

Del empleo del tiempo.

PRIMER PUNTO.

Adoremos á nuestro Señor Jesucristo, que ha querido merecernos por su muerte el tiempo de que debíamos estar privados por nuestros pecados. Rindámosle con gusto mil agradecimientos por una gracia tal; pero temamos la severidad extraordinaria con que examinará el uso que hagamos de él; puesto que ha de tomarnos cuenta, no solamente de los años, de los meses, de las semanas y de los días, mas tambien de los momentos de nuestra vida: *Tempus impensum qualiter expensum fuerit, exigetur.* ¡Qué materia tan temerosa y espantosa para nosotros!

SEGUNDO PUNTO.

Examinemos qué empleo hemos hecho nosotros del tiempo, y si no hemos perdido una gran parte de él.

Se le pierde de diferentes maneras:

1. Cuando no se hace nada y se vive en una ociosidad exterior é interior, como

los que no piensan ó no se ocupan sino en pensamientos inútiles, en vanos proyectos y en deseos quiméricos, manteniéndose en reposo, sin dárselos pena alguna de no hacer nada.

2. Se pierde el tiempo cuando se le emplea en hacer mal; como los que lo pasan en murmuraciones, en malos comercios, en venganzas, en injusticias, en impiedades y en otras mil acciones prohibidas por la ley de Dios ó de la Iglesia.

3. Se pierde el tiempo practicando acciones indiferentes sin llevarlas ó consagrarlas á Dios; como son nuestra comida, el sueño, las conversaciones, las visitas, las diversiones y muchas otras acciones semejantes, ó que se practican nada más que por miras humanas y puramente naturales.

4. Nosotros perdemos el tiempo tambien practicando buenas acciones, pero que Dios no demanda de nosotros; como seria un pastor de almas, que quisiese vivir como cartujo y mantenerse en la soledad; un magistrado que, en lugar de administrar justicia, emplease todo su tiempo en visitar enfermos ú hospitales; un criado que, en lugar de servir á su amo, pasase todo el día en la iglesia; un jóven seminarista que, en lugar de instruirse y de afirmarse en la piedad por el retiro y por la exactitud á sus ejercicios, quisiese andar de un